

más. Junto con los sindicatos, parecen estar agotados como fuerzas de cambio.

En esta situación de crisis, los nuevos fascismos pueden tornarse en cantos de sirena que se reproducirían como metástasis de un pasado cancerígeno. La figura del proletariado, con el obrero fabril como punta de lanza de un proceso revolucionario, es inútil en la economía global de hoy día. La explotación y el control capitalistas se ejercen sobre nuevas fuerzas de trabajo. Un análisis de la 'composición técnica del trabajo' actual reconoce tres tendencias principales: primera, la hege-

monía de la producción inmaterial traducida en la creación de bienes inmateriales o en la valorización de los aspectos inmateriales de las mercancías; segunda, la feminización del trabajo debido al lugar central de características tradicionalmente asociadas al trabajo femenino como la flexibilidad, la afectividad o la sociabilidad; tercera, la presencia de mano de obra migrante tanto legal como ilegal. En este paradigma de la economía postindustrial, sustentada en la revolución de las nuevas tecnologías de la información, el trabajo inmaterial se basa en la cooperación a tra-

vés de redes lingüísticas, comunicacionales y afectivas que no se impone ni se organiza desde fuera. Aquí se sustituye la línea de montaje industrial de carácter vertical por la red como modelo organizativo de la producción de tipo horizontal.

Esto significa que la actividad desempeñada por el trabajador es absolutamente immanente a la producción: la cooperación social no es el resultado de la inversión capitalista, sino el a priori de todo acto de producción que el capitalismo termina explotando. En este contexto es donde hay que anclar el concepto de 'multitud': reu-

nión de singularidades producidas por la actual metamorfosis del capital por medio de una nueva composición técnica del trabajo. Las mismas capacidades que son puestas a trabajar resultan decisivas en la acción política. Autonomía, cooperación y comunicación son las nuevas formas del antagonismo político. La producción y reproducción del 'común' es la nueva tarea de la democracia de la 'multitud'.

JORGE GIMÉNEZ PORTILLO

/ DANIEL JIMÉNEZ SÁNCHEZ

*[Presentación: miércoles 30 de abril en La Pantera Rossa. San Vicente de Paúl, 28.]

José Verón Gormaz: Diluvio universal. «Llovía demasiado. Los paraguas nos protegían la cabeza y el cuerpo, pero no los pies, tan mojados que parecían pertenecer al mundo anfibio. Al pasar junto a un escaparate, vi mi rostro reflejado en el cristal. Sentí horror. Me pareció haber contemplado la cara de un pez»



TULOS

rio

HOMENAJE ANÁLISIS DE UNA TRAYECTORIA POPULAR: LA FAMILIA BUENDÍA Y OTRAS CONQUISTAS

La obra de Gabriel García Márquez

xual fuera de casa. Experimentan, de distinta manera, el fracaso: él no llega a ser un gran arquitecto; ella, que tiene inquietudes culturales, también desearía más dinero. «Él se había dormido. Ella lo sabía sin mirarlo. Dormía como un niño, sin ruido, profundamente. Tenía el cabello ralo despeinado y la mano extendida y laxa. Si ellos hubieran sido otra pareja, a ella le habría atraído, lo habría amado, incluso... eran tan infelices».

'Años luz' es un libro más controlado y preciso, menos indulgente. Al igual que en 'Todo lo que hay', Salter muestra una aguda capacidad de observación y evita juzgar a los personajes. En un relato realista, admira la sutileza psicológica y sorprende la resistencia a la tentación sociológica o política: los grandes acontecimientos están ahí fuera, pero Salter no se detiene en ellos. El narrador es misterioso. Emplea una imprecisa primera persona al principio, en algún momento aislado y al final, pero predomina la tercera; tiene momentos inquietantes e irónicos: «Uno de los últimos grandes descubrimientos es que la vida no será lo que soñabas». La prosa es sincopada, imaginativa y poderosa: «Tiene una boca grande, la boca de una actriz, emocionante, intensa. Manchas oscuras en sus axilas, menta en su aliento».

'Años luz' y 'Todo lo que hay' son dos novelas conmovedoras sobre el transcurso del tiempo y la búsqueda, un tanto aturullada y casi siempre infructuosa, de la felicidad. Leer estas historias sobre la existencia y la memoria recuerda a T. S. Eliot: «Tuvimos la experiencia aunque no captamos el significado./ Y acercarse al significado restaura la experiencia».

DANIEL GASCÓN

G abriel García Márquez es probablemente el mejor novelista en lengua castellana del siglo XX. Pero lo que pretendo contar ahora no es una loa más de su obra, una de esas loas funerarias. Las líneas que siguen quieren ser una reflexión sobre el papel del autor y el de la crítica. Nadie duda a estas alturas de que la gran obra de García Márquez es 'Cien años de soledad'. Bueno, quizás no pueda decir nadie. El mismo García Márquez ha dicho en no pocas ocasiones que su obra favorita es 'El amor en los tiempos del cólera'. Su argumento es que se trata de la novela más humana. Sin duda, 'El amor...' es una excelente novela. Se trata de una parodia de la novela sentimental que va más allá de la parodia. Y esa capacidad de trascender la parodia la hace imprescindible. Pero también son imprescindibles y trascendentes 'El coronel no tiene quien le escriba', 'Crónica de una muerte anunciada', 'Del amor y otros demonios' o 'Noticias de un secuestro'.

Sin embargo, ninguna de estas obras han alcanzado ni alcanzarán el favor que para la crítica -sobre todo, los lectores y la crítica académica- ha tenido y tendrá 'Cien años de soledad'. Y esto, contra la opinión del propio autor. También Cervantes creyó que la posteridad elegiría entre sus obras el 'Persiles' y es claro que se equivocó.

Esta paradoja es una muestra más de los límites de la autoría. Un autor, llámese García Márquez, pero también Cervantes, Shakespeare o Goethe, nunca es plenamente consciente de la trascendencia de su obra. El autor es solo una parte de ese complejo que llamamos obra. En ese complejo habitan dos sujetos y un objeto. El objeto es el texto, que en el lenguaje corriente confundimos con la obra. Los sujetos son



García Márquez, «quizá el mejor novelista en castellano del siglo XX».

el autor y la crítica. Por autor hay que entender no la persona física sino una conciencia que proyecta ciertos valores -figuras, símbolos y reflexiones- sobre el texto.

Y por crítica hay que entender un complejo estratificado del que forman parte los lectores, la crítica periodística y la crítica académica y que, sobre todo, supone tiempo, el gran tiempo. Este concepto plural de la obra de arte supone un criterio esencial: que la obra no acaba cuando el autor le pone punto final sino que sigue viva y crece -en el caso de las grandes obras, las otras se agostan y quedan como meros fósiles- con el tiempo. La crítica su-

pone reflexión, que es el destino de la obra de arte. Y esa reflexión crece y se enriquece con el tiempo. Si no fuera así y las obras acabarían con su redacción no tendrían sentido los clásicos. Los clásicos lo son porque motivan la imaginación y la reflexión de las generaciones futuras. Dostoievski lo explicó con enorme clarividencia cuando dice que si alguien preguntara a la Humanidad cual es la lección que ha aprendido de su existencia, esta podría responder con el Quijote.

Parafraseando a Dostoievski podría decirse si alguien preguntara a la Humanidad que ha aprendido de esa experiencia

traumática que llamamos Modernidad, está podría responder con 'Cien años de soledad'.

Esta novela ofrece una lección insuperable: la lección que se desprende del choque entre el tiempo histórico -el tiempo de la Modernidad- y el tiempo de la familia y de la tierra natal, representado por las siete generaciones de la familia Buendía y su Macondo natal. El mundo familiar ligado a la tierra natal -lo que la teoría estética llama desde Schiller idilio- parece sucumbir ante el tiempo del progreso pero, en verdad, descubre una realidad superior, que es lo que la crítica ha dado en llamar, con un acierto discutible, realismo mágico.

Ese realismo es la afirmación de una realidad superior a la histórica que se afirma como mágica. En verdad, se puede y se debe explicar mejor este problema. Cuando hablamos de realidad histórica nos solemos referir a un periodo muy corto, al que llamamos historia -apenas dos mil años-. Pero existe otra concepción superior de la historia: la concepción de la gran evolución de la Humanidad, que arranca en el reino animal del espíritu y se dirige a un estadio superior al estadio de transición en el que habitamos. Ese estadio superior lo ha representado García Márquez como un tiempo mágico vinculado a la cultura popular. No ha sido el único autor en emprender esta tarea. Pero nadie como él ha conseguido expresarlo en una imagen unitaria -la de la familia Buendía-, que simboliza la esperanza de culminar el crecimiento esencial del género humano desplegando los grandes recursos temporales y espaciales del proyecto de la Humanidad.

LUIS BELTRÁN ALMERÍA*

*Luis Beltrán Almería es catedrático de Literatura Comparada de la Universidad de Zaragoza

http://puz.unizar.es

Prensas de la Universidad
Universidad Zaragoza

PERFECCIONISMO
ENTRE LA ÉTICA POLÍTICA
Y LA AUTONOMÍA PERSONAL

David Pérez Chico
Alicia García Ruiz (eds.)

MATHIAS GOERITZ
RECUERDOS DE ESPAÑA
1940-1953

Chus Tudellaga Laguardia

LOS EXCOMBATIENTES FRANQUISTAS
1936-1965

Ángel Alcalá Fernández

Novedades